

Evo: ¿liderazgo sin fronteras?

Fernando Mayorga¹

Resumen

Haciendo hincapié en la necesidad de no hacer una caracterización normativa de Evo Morales (por ejemplo como “populista”) y abordarlo, más bien, en su performance, este artículo repasa los rasgos centrales del liderazgo del Presidente, sustentado en la habilidad con la que trasunta de la esfera de la sociedad civil hacia la del Estado, y a la inversa, subrayando sus nexos con las tradiciones del nacionalismo revolucionario y con los llamados movimientos sociales. A partir de eso, interrelaciona el carisma del Presidente y su discursividad, con las cualidades “situacionales” de la sociedad boliviana, fundadas en su cultura organizativa.

Summary

Emphasizing the need not to make a normative characterization of Evo Morales (as a “populist”) and rather deal with him on his performance. This article reviews the features of the central leadership of the President based on the skill with which he transcends from the sphere of civil society towards that of the state, and conversely, emphasizing his connections with the traditions of revolutionary nationalism and the so-called social movements. From this, it relates the charisma of the President and his speech with the “situational” qualities of Bolivian society, based on its organizational culture.

1 Sociólogo, PhD. en Ciencia Política. Director del Centro de Estudios Superiores de la Universidad Mayor de San Simón (CESU-UMSS), Cochabamba. Correo electrónico (fermayorgau@gmail.com)

“El miedo que tengo es que la gente que nos apoya se levante”

Evo Morales, en Cosas, Revista Internacional, junio de 2008.

¿Quien es Evo?

Evo soy yo. Así rezaba una propaganda gubernamental desplegada en varias ciudades mediante gigan(fo)tografías durante los primeros meses del año 2006. Un lema sin duda curioso, porque el orden del discurso aparecía invertido, no seguía la secuencia previsible y convencional del mensaje político, esto es: *Yo soy Evo/ Nosotros somos Evo*. Esto se debe tal vez a una sencilla razón: porque un líder puede ser “nosotros”, puesto que todos somos (yo soy –con minúscula) el espejo donde él se refleja. Es el Caudillo, somos la Masa. Pero ninguno/a de nosotros/as (algunas fotografías tenían rostro de mujer) puede ser Evo, porque se diluiría la excepcionalidad de su figura: sólo él fue y es el primer presidente indígena o el primer indígena presidente. Y no solamente para nosotros, los bolivianos.

Evo es una imagen glocal: local y global, porque la identidad y demanda indígena se construye sobre la fractura histórica provocada por la conquista y la colonia española, pero se enlaza con la crisis del Estado nacional y con los debates internacionales sobre ciudadanía multicultural. En el último cuarto de siglo, mientras en Latinoamérica y en la región andina —sobre todo en el altiplano paceño— se producía la emergencia del movimiento campesino e indígena, las reivindicaciones étnicas pasaron a formar parte del discurso global en dos ámbitos contrapuestos: en las entidades multilaterales y organismos internacionales formales, como la Organización Internacional del Trabajo (OIT) y la Organización de las Naciones Unidas (ONU), y en los eventos sociales antiglobalización y altermundistas (Foro Social Mundial) donde el movimiento indígena empezó a ser interpelado como el nuevo “sujeto” de la revolución anticapitalista o protagonista del tránsito a la posmodernidad.

Evo Morales, en su condición de dirigente cocalero y representante de la “sociedad civil”, ya era figura relevante en esos espacios o movimientos contestatarios pero su condición étnica adquirió otra connotación cuando irrumpió en los meandros formales de la política internacional como “hombre de Estado”. Es decir, a diferencia de otros líderes latinoamericanos Evo Morales vive en ambos mundos con personalidad propia. Esta condición le proporciona ventajas políticas, porque el respaldo internacional –oficial y no estatal- a su gobierno es incuestionable y no depende (hasta ahora) de los actos y resultados de su gestión gubernamental, sino del significado de su presencia en los espacios de poder; depende de la presencia de una figura política que representa la alteridad, el complejo de culpa de Europa, la prueba de las culpas de la cultura occidental. Por eso, en aquellos ámbitos –allende nuestras fronteras- Evo es “el *“otro”*”, y la verosimilitud de la demanda campesina e indígena que encarna, no se sustenta solo en argumentos, en palabras que pretenden persuadir, o en invectivas que reclaman justicia histórica, sino en factores persuasivos, aquellos que acompañan la palabra y definen su verosimilitud y eficacia: imagen, piel, vestimenta, estilo, impronta, en suma, aquello(s) que el líder *representa* y conduce a la redención de “los condenados de la tierra”, que ahora son carne y hueso (necesidad y peligro) debido a los flujos migrantes transnacionales y no meramente piezas de museo, libros de historia y nostalgia del *bon savage*.

Si para el mundo global Evo representa la *otredad*, en la política local es *autorepresentación*. Representación de una mayoría social transformada en mayoría política; con el Movimiento Al Socialismo (MAS) convertido en instrumento de un proyecto de poder que se cristaliza en el modelo de Estado (“plurinacional comunitario”) diseñado en la nueva Constitución Política: “500 años de rebelión contra la invasión, contra el saqueo permanente, después de 180 años de resistencia contra un estado colonial, después de 20 años de lucha permanente contra un modelo neoliberal, hoy siete de febrero de 2009 es un acontecimiento histórico y

singular para Bolivia y Latinoamérica” (Discurso de Evo Morales en el acto de promulgación de la Constitución Política del Estado, La Razón, 8 de febrero de 2009).

La construcción del discurso indigenista es un proceso que se sintetizó en un sujeto político que es una coalición de actores (“naciones y pueblos indígena originario campesinos”) que recorre el texto constitucional como portador de derechos (colectivos). Esta coalición se sintetiza a su vez en la figura de Evo Morales que, desde el ejercicio de la presidencia, encara una búsqueda identitaria personal –una reconstrucción biográfica– que al principio aparecía, las más de las veces, de manera negativa en sus alocuciones públicas en una suerte de victimización (“quieren derrocar al indio”, “por indio me quieren tumbar”) y no como afirmación de un proyecto político que representa al movimiento campesino e indígena. Tres años después de ejercicio del poder gubernamental, la resignificación se traduce en una fórmula que contiene la “memoria larga” de resistencia aymara a la colonización (*dixit* Silvia Rivera) y se enlaza con el presente, en un *nuevo continuum* para explicar la historia a partir de privilegiar lo indígena:² “Pasamos de la rebelión de nuestros antepasados a la revolución democrática y cultural. Hemos pasado de la revolución a la refundación del país. Ahora debemos ir de la refundación a la reconciliación”. Este último elemento discursivo –la reconciliación– que es una mirada hacia el futuro, lo dejo en suspenso. Me

2 En el camino se olvida o niega la “memoria corta” de la revolución nacional del 52 por lo menos en una de sus acepciones, la del “hermano campesino”, porque en lo relativo a la estadolatría (a la usanza de Carlos Montenegro: “el pueblo se subleva en tanto nación y la nación se materializa en el estado soberano e independiente frente al colonialismo”) es evidente que el discurso del nacionalismo revolucionario está vigente en la retórica gubernamental, por ejemplo, cuando se contrapone “nación/Imperio” en la relación con Estados Unidos, o “pueblo/oligarquía” para cuestionar las demandas autonomistas regionales. Esto al margen de la relación con las Fuerzas Armadas que analizamos más adelante y que presenta rasgos más afines al “pacto militar-campesino” de los años ‘60 que al proyecto bolivariano de Hugo Chávez en Venezuela, para dejar establecido que estamos hablando de una impronta propia, de carisma situacional arraigado en una historia nacional, y no de una supuesta subordinación del presidente boliviano a su par venezolano.

interesa destacar que la parafernalia del festejo de la promulgación y *ch'alla* de la nueva Constitución estuvo teñida de banderas tricolores y que la banda presidencial dio el sello ritual a un acto festejado con desfile militar y con los cadetes del Colegio Militar –el Estado– en primera fila. Se puede decir, entonces, que la otra cara del proyecto del MAS se puso de manifiesto: el nacionalismo revolucionario, más vigente que nunca en el régimen económico de la Constitución e invocado permanentemente cuando el presidente interpela a las Fuerzas Armadas para referirse a la unidad y la soberanía nacionales. Además, la nacionalización de los hidrocarburos y la restitución del protagonismo estatal en la economía con su rol en la redistribución mediante políticas sociales son impensables sin la participación de la institución militar. En este caso existe otro elemento simbólico que le proporciona verosimilitud al discurso de Evo Morales dirigido a las Fuerzas Armadas: él hizo servicio militar, una práctica habitual en los sectores subalternos a diferencia de las élites políticas de antaño, y ese hecho le proporciona ciertas ventajas discursivas puesto que puede invocar la memoria nacionalista de las Fuerzas Armadas para reforzar la convocatoria gubernamental para la defensa de la “patria” y de la “unidad nacional”.

Volviendo a la formación del liderazgo retomamos una idea convencional que presupone que la identidad se construye y reconstruye porque se trata de un proceso que juega con los orígenes y con el presente y, obvio, con visiones de futuro. Por eso, en la medida que Evo Morales fue, ante todo, dirigente sindical tiene una mirada nacional-popular y actúa como un reformista democrático, pero se asienta en la fuerza del movimiento campesino e indígena. En este dato o suposición radica la fuerza de su liderazgo y la posibilidad hegemónica del proyecto del MAS como propuesta de reconfiguración de la sociedad nacional y de reforma del Estado. Su trayectoria sindical y política es impensable sin su experiencia de migrante, de colonizador, porque Evo es una persona que no tiene aversión al riesgo ni necesita atarse a un

mástil –como Ulises- para arribar a un puerto evitando los cantos de sirena. En su niñez acompañó a su padre a Jujuy en la migración temporal por la época de cosecha de la zafra y, como cuenta, “una de mis aspiraciones mayores era viajar en algunos de esos buses que transitaban por la carretera, repletas de gente que arrojaba cáscaras de naranja o plátano. Yo recogía esas cáscaras para comer... Debido a esa situación de extrema pobreza mis padres migraron más tarde a la zona del Chapare”. Y al dejar el altiplano orureño y asentarse en el Chapare transitó de la comunidad al sindicato, de la sobrevivencia a la producción de hoja de coca, pero también de una naturaleza adversa y un poblado marginal a la abundancia del trópico y al centro de la conflictividad social en que se convirtió el Chapare, hacia fines de la década de los 80.

Ahí aprendió que el sindicato es un punto de conexión con el Estado -sin mediaciones-, porque el sindicato es la mediación y el sindicalismo campesino tiene memoria nacional-popular, es la permanencia del Estado del 52 que retorna en clave posneoliberal recuperando ciertas pautas del discurso del nacionalismo revolucionario. Además, el sindicalismo cocalero actúa sin referentes regionales porque tiene un vínculo directo con el gobierno central desde fines de los años 80, inclusive cuando el Estado boliviano estaba sometido a la influencia y presión norteamericana. Por eso su mirada es nacional y el corporativismo sindical no impide que las demandas sectoriales sean articuladas a una visión general, a un proyecto político; porque se nutre de una tradición minera/proletaria que no sabía ni sabe de fronteras entre lo social y lo político.

Ese es el punto de partida de una evaluación del liderazgo de Evo Morales, dejando de lado criterios normativos acerca del caudillismo y el clientelismo, dos razones esgrimidas para invocar el populismo como antípoda de la democracia. De manera expresa evito utilizar el concepto “populismo” para encasillar el liderazgo de Evo Morales, porque es una palabra que impide comunicar ideas acerca de la actual política boliviana debido al sinnúmero

de prejuicios que la acompaña hasta convertir en caricatura los objetos (y sujetos) de su indagación. Es aconsejable dejar de lado las posturas normativas -el deber ser- y seguir pistas a lo performativo, a la manera de Austin que sugiere que algunos enunciados no se limitan a describir un hecho sino que el hecho se realiza en el mismo momento que es expresado. Con estos criterios esbozamos un análisis del liderazgo de Evo Morales situando la mirada en el carácter situacional de su carisma, los recursos de poder que definen su accionar y los rasgos de su discurso público.

Carisma de situación

Existen varios tipos de liderazgo político. Uno de los más suaves es el liderazgo de corte carismático, el cual –como dice Weber- se refiere a ciertas cualidades extraordinarias que tiene una persona, independientemente de que esas cualidades sean hipotéticas, atribuidas o reales. La legitimidad de la autoridad del líder carismático remite a razones que la racionalidad no explica, porque contiene una fuerte carga emocional y pone en juego aspectos simbólicos e identitarios. En el caso de Evo Morales estos aspectos “inmateriales” son centrales para explicar el perfil de su liderazgo y sus rasgos carismáticos aunque, como veremos más adelante, este liderazgo no se explica al margen de las condiciones, sobre todo de carácter organizativo, de la sociedad civil boliviana.

El liderazgo carismático –como hecho político- debe ser entendido como proceso. Así como aparece en momentos de crisis, se desvanece cuando las condiciones se transforman o cuando el propio ejercicio del liderazgo modifica sus motivaciones originales, es decir, no depende solo de los atributos del líder ni de la disponibilidad de sus seguidores, sino de la concreción o no de las expectativas en juego. En el transcurso del tiempo, el liderazgo carismático tiende a articularse con otras formas de legitimidad que se define como rutinización o institucionalización; o bien se

disuelve cuando se han cumplido las metas previstas o se desvanece su necesidad social. Por ello, algunos autores hablan de “período carismático” para dar cuenta del momento de gloria de un liderazgo evitando cosificar el hecho sociológico en atributos personales. Como también señala Weber, la “autoridad carismática es específicamente inestable” y eso exige una demostración continua de las cualidades del líder mediante la demostración fáctica de su capacidad para satisfacer las demandas materiales y simbólicas de sus seguidores. Hacer énfasis en su carácter inestable conduce a considerar el liderazgo carismático como un proceso en que se articulan de manera compleja la personalidad del líder, las expectativas de sus seguidores, las circunstancias del contexto y las demandas en juego. Esta mirada permite dejar de lado el componente mesiánico –de corte teleológico– que reduce el análisis de los personajes políticos a consideraciones meramente subjetivas. A partir de estos criterios se puede señalar que el de Evo Morales es un caso de “carisma situacional” --a la usanza de Tucker, recogido por Ángelo Panebianco en su estudio sobre los partidos políticos--, es decir, el carisma depende de una “situación” que predispone a una colectividad a percibir cualidades especiales en –y a seguir fervorosamente a– una persona.

El liderazgo carismático de Evo Morales es de carácter situacional, porque las circunstancias de la crisis política desatada desde principios de la década actual definieron su arribo al poder y su presencia en el gobierno transformó su perfil de dirigente sindical contestatario en portador de un proyecto de transformación política. Entre las circunstancias sobresale el agotamiento de la “democracia pactada” que se manifestó en la decisión ciudadana de otorgar amplia legitimidad a la autoridad presidencial con el inédito apoyo del 54% de los votos a Evo Morales en diciembre de 2005, desplazando a los partidos políticos del juego de formación de coaliciones de gobierno. Junto con este viraje en el comportamiento electoral ciudadano se destaca la emergencia y fortalecimiento del movimiento campesino e indígena que se transformó

en un actor decisivo en la política nacional. La imbricación entre lo campesino y lo indígena en un solo actor y un proyecto compartido –además, bajo el formato organizativo del “instrumento político”– tiene que ver con la adopción de códigos étnicos en el seno de la CSUTCB y con la creación de organizaciones de los pueblos indígenas de tierras bajas y, después, en tierras altas, en un proceso que se catapultó desde principios de los años 90. Es decir, se produjo una etnización de lo campesino y una autonomía organizativa de lo indígena respecto al sindicalismo campesino. Paralelamente se produjo un debate en torno a la participación directa en la disputa electoral mediante un “instrumento político” del sindicalismo campesino que no era otra cosa que una demanda de autorepresentación, y por tanto, de postulación de candidatos propios. Esta dinámica organizativa es el sustrato material del carisma situacional de Evo Morales y se manifiesta en una combinación de recursos de poder que se complementan: sindicato, partido y aparato gubernamental.

Recursos de poder

El sindicato es el sustrato básico de su estilo de liderazgo, porque comporta códigos específicos de relación entre dirigentes y bases; un aspecto que distingue nítidamente a Evo Morales de sus pares latinoamericanos caracterizados como “populistas”: Rafael Correa en Ecuador y Hugo Chávez en Venezuela. Porque, en el caso boliviano, el liderazgo no es el centro de irradiación de un esfuerzo de organización de la “ciudadanía” como sujeto político, sustrato de la acción y del proyecto del mandatario ecuatoriano; ni se despliega a partir del aparato estatal con un nítido protagonismo de la institución militar, tal como aconteció en el caso del presidente venezolano. Evo Morales es una suerte de cúspide de una amplia red organizativa de raigambre –y cultura– sindical y comunitaria que asumió nuevos y variados formatos de funcionamiento compacto a partir de la experiencia del sindicalismo

en sus múltiples facetas. Durante el desarrollo de la Asamblea Constituyente se manifestó en el Pacto de Unidad y, después en la Coordinadora Nacional por el Cambio, CONALCAM. En ambos casos, el decisionismo del líder tuvo que bregar con posiciones divergentes de las organizaciones sociales que formaban parte de esas instancias centralizadoras de la acción de los sectores sociales afines al gobierno.

En el caso del Pacto de Unidad, término convencional utilizado para referirse a una instancia de coordinación denominada Asamblea Nacional de Organizaciones Indígenas Originarias Campesinas y de Colonizadores de Bolivia, se percibe una lógica de intercambio entre el partido de gobierno y las organizaciones sociales, al margen de algunos vínculos orgánicos con el MAS y la participación de varios dirigentes como asambleístas por el oficialismo³. Este intercambio se manifestó en la adopción, por parte del MAS, de la propuesta de nuevo texto constitucional presentada por el Pacto de Unidad bajo el título de “Por un Estado Plurinacional y la autodeterminación de los pueblos y naciones indígenas, originarias y campesinas”, cuyos planteamientos centrales constituyen el armazón de la nueva CPE. Sin embargo, algunos elementos cruciales fueron modificados por iniciativa del partido de gobierno en la fase de aprobación en la Asamblea Constituyente y, después, mediante el acuerdo congresal con la oposición partidista en octubre de 2008 que permitió reformar una centena de artículos, en algunos casos por decisión presidencial y a contramano de las demandas del movimiento campesino e indígena, en ese momento organizado como en torno a CONALCAM. Es de

3 El Pacto de Unidad aglutinaba a la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB), Consejo Nacional de Ayllus y Markas del Qollasuyo (CONAMAQ), Confederación de Pueblos Indígenas de Bolivia (CIDOB), Confederación Sindical de Colonizadores de Bolivia (CSCB), Federación de Mujeres Campesinas de Bolivia Bartolina Sisa (FMCBBS), Confederación de Pueblos Étnicos de Santa Cruz (CPESC), Confederación de Pueblos Moxeños del Beni (CPEMB), Movimiento Sin Tierra (MST) y Asamblea del Pueblo Guaraní (APG). Vale la pena resaltar que las federaciones de campesinos productores de hoja de coca, base sindical del MAS, no formaban parte de esta entidad.

cir, en la Asamblea Constituyente, el Pacto de Unidad no fue una simple “correa de transmisión” del partido oficialista en la Asamblea Constituyente, ni el MAS fue un mero “instrumento político” de las organizaciones campesinas e indígenas. Más adelante, este vínculo se reprodujo en relación a CONALCAM. En ambos casos, el liderazgo de Evo Morales aparece como un elemento decisivo que unifica, pero también decide en última instancia, pero a partir de la búsqueda y el establecimiento de un equilibrio de posiciones que permita reproducir la base social de apoyo al gobierno sin subordinar la línea gubernamental a las demandas campesinas e indígenas. Este grado de autonomía del liderazgo presidencial se puso de manifiesto de manera más nítida en la fase posterior a la Asamblea Constituyente porque el Pacto de Unidad, en buena medida, fue desplazado o subsumido por CONALCAM.

Esta “coordinadora” surgió en ocasión del cumplimiento del primer año de gestión gubernamental cuando se organizó un evento público para brindar un “informe paralelo” al informe presidencial presentado al Congreso Nacional, y que fue “divulgado ante los movimientos sociales” (La Razón, 22 de enero de 2007). Por ese entonces, CONALCAM estaba compuesta por trece organizaciones sociales afines al MAS, como las confederaciones nacionales de campesinos y colonizadores, la CIDOB, una corriente de CONAMAQ y del Movimiento Sin Tierra, la Federación de Trabajadoras del Hogar, la Confederación de Jubilados y una organización de desocupados de Tarija (La Razón, 24 de enero de 2007). Aunque desde esferas gubernamentales se mencionó que CONALCAM estaría “por encima del gabinete e incluso de los poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial” y tendría “un fuerte nivel de decisión en los ámbitos político, económico y social en el proceso de cambio” (La Razón, 24 de enero de 2007), su accionar fue intermitente y su protagonismo casi nulo hasta que el MAS enfrentó el desafío de concluir el proceso constituyente con la aprobación de la nueva CPE mediante referéndum constitucional. Durante el año 2008, cambió el cariz de CONALCAM, porque trascendió los

lazos partidistas aglutinando a las organizaciones que formaban parte del Pacto de Unidad y ampliando su convocatoria a todas las organizaciones sindicales y de otros sectores (juntas vecinales, gremiales, jubilados, estudiantes, cooperativistas), e inclusive a la Central Obrera Boliviana que se plegó a varias acciones desplegadas en una suerte de pacto entre la COB, CONALCAM y el gobierno (La Razón, 17 de septiembre de 2008). En cierta medida se trataba de la respuesta oficialista a los empeños organizativos y la capacidad movilizadora del Consejo Nacional Democrático, CONALDE, que aglutinaba a los prefectos opositores y comités cívicos en rechazo al proyecto de nueva CPE.

Entonces se puso de manifiesto la complejidad del liderazgo de Evo Morales, porque en su condición de presidente de la República y jefe del MAS se encargó de dirigir cruciales reuniones de CONALCAM. En ambos casos vale destacar la metodología que utilizó para tomar decisiones en ocasión de los conflictos suscitados en septiembre y octubre de 2008 cuando la CONALCAM respondió las protestas opositoras con movilizaciones sociales - sobre todo campesinas- a Santa Cruz y, luego, a la sede de gobierno para presionar por la aprobación del referéndum constitucional. En un par de reuniones bajo el formato de los ampliados sindicales se produjo la presentación de variadas posiciones y el debate consecuente para definir las medidas a tomar; con la presencia de Evo Morales como moderador en los tramos decisivos de uno de los eventos que duró alrededor de veinte horas y que fue transmitido en directo por una radioemisora estatal. Al margen que se impuso la línea gubernamental es preciso resaltar la metodología utilizada, porque la decisión presidencial se subordinó a la lógica del asambleismo sindical, el debate se ventiló públicamente y, por supuesto, las medidas fueron acatadas por todas las organizaciones participantes. Es decir, el liderazgo de Evo Morales se impuso no solo por la disponibilidad de los recursos de poder gubernamentales (su condición de presidente de la República) y partidistas (su condición de jefe del MAS con capacidad de

manejo de varias federaciones sindicales) sino porque estableció una interacción con las organizaciones sociales que excedían los límites de la organización partidista, puesto que CONALCAM no era el rostro sindical del MAS, aunque operaba como sustento del gobierno, merced al liderazgo de Evo Morales que aparecía como el único elemento decisivo en diversos espacios decisorios.

En suma, el liderazgo de Evo Morales no se limita a la movilización de su organización partidista ni a la disponibilidad de su base electoral. La interacción con los movimientos sociales implicó un intercambio constante bajo formatos organizativos que se fueron adaptando a las exigencias de la coyuntura política y a las necesidades de la pugna con la oposición parlamentaria y regional. La utilización de diversos recursos de poder muestra la complejidad de su liderazgo y también sus límites. Tal vez en este hecho se inscriba la invocación constante que realiza de la frase zapatista de “mandar obedeciendo” aunque su palabra de mando sigue siendo la última palabra, la decisiva. Un ejemplo nítido fue su renuncia a la segunda reelección presidencial para viabilizar la aprobación de la convocatoria al referéndum constitucional, planteada como iniciativa de Evo Morales para superar la última observación de la oposición parlamentaria, que pone en evidencia, además, los rasgos centrales de su estilo discursivo.

Discurso político

El estilo discursivo de Evo Morales se resume en una combinación de retórica radical y decisiones moderadas. A partir de esta combinación, en el inicio de su gestión gubernamental logró ordenar y dominar el espacio de discursividad política, porque el manejo de una retórica radical redujo la posibilidad de la enunciación de críticas desde la izquierda o desde el indigenismo excluyente –para mencionar un extremo– y las decisiones moderadas desbarataron los cuestionamientos de la derecha o del neoliberalismo –para citar otro extremo–. Es decir, Evo Morales

empezó ocupando el “centro” y la expresión más nítida de este hecho fue la nacionalización de los hidrocarburos y el consecuente apoyo generalizado que tuvo esa medida. Postura que no se repitió en relación a la demanda de autonomías departamentales, pese a que inicialmente apostó al SI en el referéndum y en más de una ocasión, en plena realización de la Asamblea Constituyente, planteó la necesidad de combinar las autonomías departamentales con las autonomías indígenas, una fórmula que finalmente se adoptó en la nueva CPE⁴. En torno a este tema, en el transcurso de la gestión gubernamental, su radicalismo discursivo alimentó la polarización política creando condiciones desfavorables para la concertación en torno a las medidas gubernamentales y a la propuesta oficialista de reforma constitucional; sin embargo, adoptó posiciones más cercanas a la negociación cuando el conflicto puso en riesgo el curso del “proceso de cambio”. Igual que en el caso de la nacionalización, el discurso de Evo Morales avanzó hacia el “centro” en septiembre de 2008, porque en las negociaciones con los prefectos opositores se modificó la postura gubernamental respecto al régimen de autonomías al aceptar la disminución de niveles autonómicos (sobre todo el regional) que estaban nítidamente dirigidos a menoscabar la autonomía departamental. A pesar de que en esa ocasión no se firmó un acuerdo entre el gobierno y las autoridades departamentales, estos cambios fueron la base del acuerdo congresal en octubre de 2008 que viabilizó la convocatoria al referéndum constitucional. A esto se suma otra decisión de Evo Morales que pone en evidencia su

4 En una extensa entrevista en Radio Fides, en agosto de 2007, Evo Morales señaló que la autonomía departamental era legítima, porque tuvo respaldo electoral en cuatro departamentos y que la autonomía indígena era una demanda histórica que no podía soslayarse. Por lo tanto, era preciso combinarlas en el nuevo texto constitucional. A diferencia de las lecturas que, en ese entonces, incidían en la existencia de “dos visiones de país” contrapuestas (occidente/oriente, tradicional/moderna, comunitarista/liberal, etc.) y, en gran medida excluyentes, el discurso de Evo Morales apuntaba a la complementación a pesar de las acusaciones gubernamentales a los opositores regionales de propiciar el “separatismo” a través de las autonomías departamentales concebidas, a su vez, como un proyecto oligárquico.

estilo discursivo puesto que desistió de una segunda reelección presidencial -desbaratando el último cuestionamiento de la oposición parlamentaria- para viabilizar la suscripción del acuerdo congresal que, además, contenía varias modificaciones al proyecto de nueva CPE, introducidas para proporcionarle un tono más moderado al proyecto del MAS. Un solo ejemplo pone en evidencia este cariz: la modificación del sistema de representación en la cámara de diputados que mantiene una composición mixta de uninominales y plurinominales (a diferencia de la versión original que establecía solamente uninominales) más apropiada para promover el pluralismo político. Además, el acuerdo se firmó bajo la presión de una gigantesca movilización que rodeaba la plaza Murillo y que exigió la intervención directa del presidente de la República para evitar que grupos radicales ingresen al parlamento con afanes de evitar el acuerdo entre oficialismo y oposición. Era el colofón de una marcha de CONALCAM que partió de Caracollo con Evo Morales a la cabeza en una imagen contradictoria: el presidente de la República comandando una marcha dirigida a presionar al poder legislativo. Situación que se explica con códigos distintos a la inercia institucional, porque la presencia de Evo Morales era la única garantía para encauzar la marcha por cauces pacíficos y hacia la negociación con la oposición para convertir la marcha en un festejo. Aconteció de esa manera siguiendo la intuición del líder que, como señaló, en una banal entrevista: “El miedo que tengo es que la gente que nos apoya se levante”. Frase que explica el estilo de liderazgo situacional de Evo Morales.